

www.elboomeran.com

Marc Augé

El tiempo sin edad

Etnología de sí mismo

Traducción de Juana Bignozzi



Adriana Hidalgo editora

Augé, Marc

El tiempo sin edad : etnología de sí mismo / Marc Augé. - 1a ed. - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2016

112 p. ; 17 x 12 cm.

Traducción de: Juana Bignozzi

ISBN 978-987-3793-61-5

I. Ensayo Filosófico. I. Bignozzi, Juana, trad. II. Título.

CDD 190

fuera de serie

Título original: *Une Ethnologie de soi. Le temps sans âge*

Traducción: Juana Bignozzi

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© Editions du Seuil, 2014

Colección *La Librairie du XXIe siècle*,

bajo la dirección de Maurice Olender.

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016

www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-3793-61-5

ISBN España: 978-84-15851-75-2

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide
à la publication de l'Institut français.*

Esta obra ha sido beneficiada del apoyo de los Programas de ayuda
a la publicación del Institut français.

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

EL TIEMPO SIN EDAD

LA SABIDURÍA DEL GATO

La encontramos en el bosque de Marly, abandonada desde hacía bastante, hambrienta, implorante y decidida a no dejarnos volver solos. Estábamos de acuerdo. Mis padres se dejaron convencer. Yo era hijo único. Tenía unos diez años. Crecimos juntos, naturalmente ella más rápido que yo.

Esta gatita tenía carácter y uñas fuertes que usaba de buena gana, sobre todo cuando me empecinaba en enseñarle algunos trucos, como si fuera un caballo de circo. Mis brazos se cubrieron de lastimaduras pero sufrieron menos que el terciopelo de los sillones de la sala en los cuales, para desesperación de mi madre, se arreglaba regularmente las uñas para asegurar su filo.

Yo crecí; ella envejeció, en apariencia sin cambiar mucho de aspecto. Se volvió más calma, pensaba con una pizca de maldad, sabiendo que era más bien yo el que había renunciado a provocarla. Ya no arañaba mis manos ni mis brazos y nuestra relación se hizo cada

vez menos lúdica, pero sin duda más apacible, casi contemplativa. Le encantaba controlar todo desde el aparador que estaba en el salón, justo detrás de un sofá de respaldo alto que ella misma había destruido. Cuando era joven, se subía de un solo impulso, sin esfuerzo, antes de alcanzar con un saltito elegante su lugar favorito; a veces solía quedarse en el sofá; entonces se acostaba en un equilibrio inestable, con las patas sabiamente dobladas, en el borde superior del respaldo, y me miraba tranquilamente como para desafiarme a hacer otro tanto. Al menos esa era la impresión que sentía ante ese espectáculo asombroso, impresión, con toda verosimilitud, imputable a mis remordimientos de entrenador fallido. Buscaba por sí misma la dificultad: algunas veces la vi tensar sus músculos, fijar la mirada en el lugar deseado para evaluar la altura y lograr la hazaña con un trayecto directo suelo-aparador sin la mediación del sofá. Y luego, insensiblemente, a través de los años, sus fuerzas declinaron. Primero renunció al aparador, luego ya no se tendió en lo alto del respaldo. De buena gana se quedaba acostada largas horas en el asiento del sofá, fiel al lugar, pero en el piso de abajo. Y finalmente tuvo dificultades para subirse incluso al sofá, que se convirtió en el techo de su nuevo retiro.

Una o dos veces traté de ayudarla poniéndola sobre el aparador; pero si bien percibí que mi iniciativa no le molestaba, la vi desorientada y preocupada por bajar lo más rápido posible. Esa ya no era su altura. Comprendí que había cometido una torpeza, una falta de gusto o, mejor dicho, de modales, y me odié. Tuvo el mismo humor hasta el final, gozando del menor rayo de sol, pegándose al radiador en invierno, enderezando las orejas al menor arrullo de las palomas y, una vez llegada la primavera, recibiendo las muestras de afecto que no dejábamos de prodigarle, con la misma indiferencia benevolente que desde joven había sido su encanto.

Mounette (es el nombre que le dimos sin desplegar esfuerzos excesivos de originalidad) tuvo una larga vida de gato y murió alrededor de los quince años en el departamento de mis padres que yo había dejado un poco antes.

Los dueños de animales domésticos les atribuyen de buena gana cualidades de corazón y de alma y decretan que son fieles, leales, sinceros y hasta inteligentes. Esos juicios, además de traducir el carácter neurótico que se les puede asociar, en los dos sentidos, a la relación hombres/animales domésticos, implican el hecho de que por regla general estos no sufren las presiones sociales de todo tipo que se ejercen sobre

aquellos: por domésticos que sean, estos animales se percibe que encarnan de manera espontánea cualidades eminentemente naturales. Que nadie se confunda: no estoy tratando de sugerir que mi gato era un sabio. No estudié la psicología de los gatos. Supe de qué se trataba por la imagen.

Tuve dos gatos después, una pareja de la que sentía que era indisoluble. La fuerza de la costumbre, como en los humanos, era por cierto el cimiento de su relación. Cuando eran jóvenes peleaban a menudo, sus juegos incesantes se volvían rápido un enfrentamiento. Por otra parte cuidaban su independencia y cada uno por su lado salían a la aventura cuando vivían en el campo.

Pero se reencontraban muy pronto y cada noche se acostaban uno al lado del otro con los ojos semicerrados y aire cómplice. Envejecieron juntos y cuando el primero murió, el otro no manifestó una emoción especial, se acostó solo en el mismo lugar pero, a su vez, desapareció unos días más tarde.

El gato no es una metáfora del hombre, sino un símbolo de lo que podría ser una relación con el tiempo que logra hacer una abstracción de la edad. Nos bañamos en el tiempo, saboreamos algunos instantes, nos proyectamos en él, lo reinventamos, jugamos con él; tomamos nuestro tiempo o lo dejamos deslizarse.

Es la manera primera de nuestra imaginación. La edad, por el contrario, es el descuento minucioso de los días que pasan, la visión en sentido único de los años cuyo total acumulado, cuando se enuncia, puede sumirnos en el estupor. La edad acorrala a cada uno de nosotros entre una fecha de nacimiento de la que, al menos en Occidente, estamos seguros y un vencimiento que, por regla general, desearíamos diferir. El tiempo es una libertad; la edad, una limitación. El gato, aparentemente, no conoce esta limitación.

No se encontrará aquí un diario, ni memorias, menos una confesión, sino un propósito personal a partir de mi experiencia y mis lecturas. La vida constituye para cada uno de nosotros una larga e involuntaria búsqueda. En este libro he tratado de apuntalar una conclusión que, sin duda, confirmará la intuición de algunos pero sorprenderá a otros porque toma a contracorriente los lugares comunes de la sabiduría popular (“Si la juventud supiera, si la vejez pudiera...”): fuente de saber o cúmulo de experiencias, la vejez no existe. Para darse cuenta de que la vejez no existe basta con llegar a ella. Por supuesto, las enfermedades y debilidades asociadas al envejecimiento están presentes y bien presentes, más o menos pronto, más o menos

fuertes, pero no siempre esperan la edad y afectan por igual a unos y otros.

En cuanto al estado de ánimo y al comportamiento de los viejos, es a menudo inducido por el lenguaje de los menos viejos hasta y sobre todo cuando son bienintencionados. Se ha denunciado en su momento el lenguaje paternalista de aquellos colonizadores que no siempre eran los más cínicos sino, por cierto, los más miopes. ¿Qué adjetivo encontrar para caracterizar al que a veces se emplea respecto de las personas mayores a las que se llama “dependientes” para testimoniarles atención? Pienso en las familiaridades de algunos individuos bienintencionados, enfermeros, enfermeras u otros auxiliares médicos que, por ejemplo, de buena gana le endilgan el “abuelo” o “abuela” a los o las que cuidan y, por una especie de rito de inversión del lenguaje, también tienden paradójicamente a infantilizar a aquellos o aquellas frente a quienes ellos mismos se presentan como nietos. El pasaje del término con el que los nombran “¡Abuelo! ¡Abuela!” al término genérico indiferenciado (los abuelos y las abuelas) va en el mismo sentido. La gentileza y el afecto pueden tener efectos degradantes para aquellos y aquellas que son el objeto, invitándolos, e incitándolos, a deslizarse en una categoría exclusiva y excluyente, una especie de

casa de retiro semántica dentro de la cual se sentirán pasivos, regalados y bonachones pero, de todas formas, alienados respecto de los otros.

La prensa ha dado cuenta hace un tiempo que en algunas casas de retiro se capacita al personal para ayudarlo “a aceptar la necesidad de intimidad que tienen los pensionistas para vivir una sexualidad cada vez más liberada”. La lectura de un artículo de *Le Monde*¹ dedicado a este tema fue edificante. Revelaba la mentalidad del personal e, indirectamente, los modos de organización que prevalecían en esas casas. Un asistente de enfermería confiesa que la formación le aportó mucho: “Sorprende ver a una persona mayor besando a otra. Antes nos chocaba un poco, ahora los dejo hacer”. Esa prepotencia es lo que se puede considerar chocante. Pero hay algo peor. En efecto, ¿en qué deberían desembocar los coloquios, intercambios, grupos de charla y otras reuniones de formación? El director de un establecimiento propone que, “a plazos”, parejas y cónyuges residentes podrían ser acogidos en habitaciones comunicadas o equipadas con camas matrimoniales”. Dicho de otra manera, la regla actual es la de la separación autoritaria de las parejas apenas

¹ Manon Gauthier-Faure, *Le Monde*, París, 9 de agosto de 2013.

ponen un pie en esta reserva para personas de edad “dependientes”. El problema no es el del derecho al amor y al sexo, como pareciera resumir el artículo, sino, más fundamentalmente, el de la libertad individual. Sin ironizar sobre medidas que tratan de actuar “de acuerdo con el sentido común”, según la expresión consagrada, puede verse el alcance de la situación que intentan modificar. Las personas de edad dependientes, ¿deben serlo en todo y para todo? ¿Son menos sensibles que mis gatos? Es muy de temer que con las mejores intenciones del mundo se los empuje a perder lo más rápido posible cualquier veleidad de independencia para abandonarse a la servidumbre voluntaria.

En sentido inverso, desde hace mucho tiempo tenemos testimonios de sobreestimación de las virtudes de la vejez. Los estereotipos sobre la sabiduría nacida de la experiencia durante mucho tiempo han formado parte de la retórica de la edad. La prolongación de la duración media de la vida le ha dado un golpe mortal: al menos en Occidente la edad avanzada se trivializa y ha perdido su carácter de excepcionalidad. Por sí sola ya no asegura el prestigio. En nuestra sociedad de la imagen, para obtener un beneficio mediático, es necesario batir récords de longevidad (gloria por definición efímera...),

o realizar grandes hazañas (deportivas, teatrales, literarias o políticas...) a pesar de la edad. Pero los casos excepcionales confirman el mandato que pesa sobre los abuelos y las abuelas: el viejo prestigioso, hoy en día, no debe aparentar su edad. Porta, ante todo, la marca de la negación.

Sin negar lo que fuere, y sobre todo la evidencia, no se puede cuestionar una categoría del pensamiento, la edad, que, con apariencias de objetividad vinculadas a la cuantificación, puede llevar a exclusiones dramáticas de la vida social efectiva, es decir, singular y consciente. ¿Puede decidirse por decreto el grado de lucidez y de inteligencia de un ser humano?

Como el problema de la edad se vive en todos sus aspectos... y a cualquier edad... es la experiencia humana esencial, el lugar de encuentro entre uno y los otros común a todas las culturas, pero un lugar complejo y contradictorio en el que cada uno de nosotros podría, si tuviera la paciencia y el valor, medir las semimentiras y semiverdades de las que su vida está colmada. Todos son llevados un día u otro a interrogarse sobre su edad, desde uno u otro punto de vista, y a convertirse, así, en el etnólogo de su propia vida.

AL LLEGAR LA EDAD

¡Oh vejez enemiga!

Corneille, *El Cid*, acto I, escena IV

Al llegar la edad más vale recibirla porque la almaña es susceptible y podría verse tentada a hacer pagar caro su silencio a quien aparente no reconocerla. No le faltan medios para manifestar su presencia; más vale no contradecirla y vigilarla. En una palabra, al llegar la edad proclamar que es bienvenida y, eliminada toda vergüenza, enumerar con entusiasmo los regalos que un Papá Noel sacará generosamente de su bolsa: en lo esencial y en desorden la sabiduría nacida de la experiencia, la tranquilidad que sigue a los tormentos de la libido, las alegrías del estudio y el sabor de los pequeños placeres cotidianos. En una palabra, tratar a la edad como los antiguos hacían con las Erinias, diosas de la venganza, llamándolas “Euménides”, “Benevolentes”: eliminar el miedo a la edad recordando sus pretendidos beneficios.

Es el mensaje que Cicerón, entonces de sesenta y tres años, trataba de transmitirle a su amigo Atticus, de sesenta y seis, al escribir *De la vejez*, su *De senectute*, agregando una promesa que no era menor: la de la inmortalidad. Todos los grandes hombres, afirmaba, creyeron en la inmortalidad. Sin duda, para no mostrar ostensiblemente que se colocaba él mismo en esa categoría, Cicerón eligió la forma literaria del diálogo y puso lo esencial de sus ideas en la boca de Catón el Antiguo, de ochenta y cuatro años. Su *De senectute* es, pues, doblemente una ficción. Instala un personaje desaparecido hace un siglo, y encontrar placer en refugiarse en la escritura, en su vida, en la época, está lejos de corresponder al ideal de serenidad que esboza: dos divorcios en dos años, entre los dos, la muerte de su hija Tullia, la pasión política que sería su perdición algunos meses más tarde; después de los idus de marzo, toma partido por Octavio e, inmediatamente después del triunvirato, será asesinado a la edad de sesenta y cuatro años por los soldados de Antonio.

Dicho esto, el texto de Cicerón incluye dos indicaciones interesantes que pueden introducir de manera útil cualquier debate sobre la edad y la vejez. Antes de nada hay que decirle a Catón que la vejez no es el monopolio de la debilidad y de la mala salud: estas

pueden afectar a gente joven. En cuanto a la gente de edad, deben cuidar su salud física e intelectual; los que vuelven a caer en la infancia en la edad avanzada naturalmente eran pobres de espíritu. Es verdad que la edad avanzada frena algunas actividades pero no ejerce ninguna acción perjudicial en el espíritu de quien no ha descuidado mantener la vitalidad. En una palabra, dime cómo envejeces y te diré quién fuiste.

Sófocles, en su vejez más avanzada, todavía compuso dos tragedias; se lo acusaba de descuidar su patrimonio para cultivar la poesía, y sus hijos recurrieron a la justicia para que lo inhabilitaran por loco, en nombre de una ley semejante a la de Roma, que quita la gestión de sus bienes a los padres que los dilapidan. Se dice que el anciano leyó a los jueces su *Edipo en Colona* que tenía en las manos y había escrito recientemente, y luego les preguntó si era la obra de un loco. Después de esa lectura lo absolvieron.²

La segunda indicación prolonga la inspiración aristocrática de la primera. Si los viejos son menos adecuados que los más jóvenes para “la vida activa”,

² Cicerón, *Diálogo de la vejez o El Catón Mayor*, Buenos Aires, Ediciones Ramón Sopena, 1943.

son, naturalmente, más aptos que ellos para dirigirla. Catón, tal como lo imagina Cicerón, no está lejos de abogar por una gerontocracia. A la vez, queda señalada la contradicción que subvierte cualquier debate sobre la edad: la fragilidad incrementada de la edad avanzada por un lado, la gran experiencia que detentaría por el otro. Ya se sabe que esta contradicción es sólo aparente y tapa de hecho una oposición de clase que Cicerón no pensaba disimular, aunque no utilizara la palabra ni el concepto y que a Simone de Beauvoir le resultó fácil subrayar en 1970 en su libro *La vejez*.

Todo lo esperado y presupuesto sobre las ideas de Cicerón hace más de dos mil años no nos es verdaderamente ajeno en la actualidad, incluidas sus aparentes contradicciones. Cada tanto la actualidad nos ofrece ejemplos de conflictos familiares en la administración de las grandes fortunas, aunque a aquellos o aquellas a los que se trata de tutelar les resultaría difícil seguir el ejemplo de Sófocles y no tienen obras literarias para apoyar su defensa. Más en general siempre hay que admitir que, pese a la prolongación de la vida, uno no se hace viejo a la misma edad según su origen social y su tipo de actividad. La relación con la edad traduce la desigualdad social. Desde este punto de vista hay

que reconocer que la única solución al problema de la dependencia sería a cierto plazo la educación de todos, utopía que no resolvería todos los accidentes de la vida, pero conferiría a la mayoría una posibilidad efectiva de ejercer su libre arbitrio.

La esperanza de vida también marca las desigualdades entre los continentes y es un indicador del desarrollo. Como etnólogo y viajero no dejé de encontrar viejos y a veces pude verificar que eran más jóvenes que yo, que tampoco era entonces tan viejo. En el África negra, alcanzar una edad relativamente avanzada es signo de fuerza. “¡Viejo!” en la Costa de Marfil, no tenía cuarenta años y me halagaba esa marca de consideración. Todo lo contrario de la consternación furibunda que cayó sobre mí el día en que un desdichado joven, en el subte, creyó bien intentar levantarse para darme su asiento.

Los intelectuales son más aptos que otros para responder al deseo que expresaba Cicerón de ver a la gente de edad mantener su espíritu tanto como su cuerpo. Al respecto, se benefician de una especie de renta de situación que tienen que hacer durar. Esta “renta” no deja de tener ambigüedades porque les corresponde, más que a otros, aportar la prueba de que son dignos de ella. En efecto, al llegar la edad pueden temer que

espulguen su prosa o la menor de sus palabras con una atención especialmente crítica para descubrir los primeros signos de la senectud. Por eso, en algunos, la tentación de alardear y de cargar las tintas sobre el fondo y la forma, de radicalizarse sobre el tiempo pasado, sería para invertir de manera espectacular el recorrido que lleva habitualmente a los rebeldes de ayer a convertirse en los conservadores de mañana. Y ese grito asombroso que uno se sentiría tentado de leer en los labios de algunos viejos vivaces: “¡Te mueres más joven que yo!”.

La televisión que gusta de los contrastes fáciles alienta la aparición un poco exagerada de esos híbridos temporales, de esos ratones videoacústicos (“Soy sabio, miren mis canas; soy joven, escuchen mis palabras”). Pero su tarea es ardua: no les es tan fácil condenar el ideal de gerontocracia pregonado por Cicerón y Catón, porque esa misma denuncia, en su boca, podría pasar con facilidad con la máscara de la juventud mantenida o reencontrada, por una reivindicación de autoridad, por una forma coqueta de pretensión de sabiduría, de experiencia... y de poder, al menos del poder de la influencia. Antes de tirar la piedra a los que presumen de la edad, reconozcámosles a veces algunas circunstancias atenuantes.

Si juegan con su edad es porque muy a menudo, con más o menos malicia, maldad, candor o torpeza, se la echan en cara. Un poco como esas personas extranjeras a las que el primer recién llegado se cree autorizado a preguntarles de dónde vienen, porque cree descubrir un ligero acento en sus palabras, el viejo excita la curiosidad del pasajero del ómnibus, del chofer del taxi o del presentador de televisión. La edad es para los intelectuales que envejecen como la belleza para las mujeres: a un presentador de televisión nunca se le ocurrirá la idea de celebrar el físico favorecido de un actor (este tipo de cumplido se reserva a las mujeres); de la misma manera, nunca tendrá la idea de extasiarse con la edad de un cuarentón (ese tipo de cumplidos se reserva a los viejos). Los eufemismos del lenguaje oficial (tercera edad, cuarta edad) no hacen sino aumentar la sensación de malestar, como si algunas palabras dieran miedo. Una vulgaridad de sentido inverso prodiga, por el contrario, a la dignidad del sustantivo algunos adjetivos como “joven”: “El joven vació la caja y huyó”, “los jóvenes están inquietos por su futuro”. Cuando yo era joven, se reservaba esta sustantivación a los “viejos” y se hablaba crudamente de la “jubilación de los viejos” que era la jubilación mínima de la gente sin recursos.

Se sabe que la mejor manera de rechazar ser asignado a una categoría englobadora es “revertir el estigma” pero es también el esfuerzo de seducción por la negación que paradójicamente puede acompañarlo. En el trato con la edad avanzada vemos actuar estos dos mecanismos, por cierto en algunas personalidades más o menos mediáticas, pero también en las conversaciones de café o en las comidas familiares, en forma de una oposición entre ser y parecer. “No soy aquel o aquella que usted cree...” es la fórmula clave de cualquier tentativa de seducción: “Busque pues en mí a ese otro que no conoce”. Si acaso también reconocen que la edad no sintetiza el todo de la persona, esgrimen un “Soy viejo, pero...” (“Soy viejo, pero no estoy acabado”, “soy viejo pero todavía tengo mis recursos...”), y aun más, si reivindicán la edad como una ventaja, dicen: “Soy viejo, pero justamente...” (“Soy viejo, pero justamente eso me hace libre...”, “soy viejo, pero justamente eso me permite comprender a la juventud...”). Si bien una parte a la que tiende esta negación en forma de alusión es eminentemente verdadera, porque ninguna persona se reduce a la simple apariencia de su edad mientras le queda un poco de conciencia, la asimilación de la memoria a una forma de experiencia, que subyace de manera implícita todas las lecciones impartidas por

la gente de edad en nombre de su edad, es más discutible y muestra una ficción, la reinención de uno a la que todos en algún momento estamos tentados de sucumbir.

En esta relación, los actores profesionales están más directamente condenados a la honestidad que los escritores o los intelectuales porque los papeles que aceptan interpretar y de los que no son los autores, son ampliamente tributarios de su apariencia física y de su edad: por paradójico que a primera vista pueda parecer esta afirmación, los actores no tienen el permiso de disimularse bajo el manto del lenguaje. Aunque los afeites y los maquillajes les den cierto margen de maniobra, en los más grandes actores como en las más grandes actrices apreciamos su aptitud para encarnar, a través de la edad, los personajes que siempre tienen su edad. Al envejecer se renuevan. Es cierto que los azares de la vida a veces producen efectos de fulgor asombroso tanto en el ámbito de la creación literaria como en el del arte dramático: Radiguet, James Dean... pero estos efectos se deben a la brutalidad indiferente de la muerte que siega vidas en la flor de la edad, y suscita una leyenda en la que el autor se confunde con su obra y el actor con su personaje por la magia de un desplazamiento tanto metonímico

como metafórico. Por el contrario, nada más triste que la trayectoria declinante de esas vedetes de las que el azar y el brillo de la juventud habían hecho un mito en su época y que no terminan de envejecer tratando de sobrevivirle.

El actor que sigue actuando muy a menudo acepta papeles que no corresponden a su edad: no piensa contradictoriamente su vida y su oficio. Como esos papeles se renuevan, siempre tiene una experiencia inédita: vuelve a vivir sin repetirse. El escritor y el intelectual están más expuestos en la medida en que, para evitar repetirse, pueden verse tentados de rejuvenecer artificialmente y forzar sus palabras como los otros tiñen su pelo de colores que pretenden naturales. Puede concluirse que el talento, en un caso como en el otro, nunca es tan grande como cuando coincide con el gusto por la verdad, lo que, en suma, es reconfortante.